

IV Domingo de Adviento

- **Miq 5, 1-4a.** De ti voy a sacar al gobernador de Israel.
- **Sal 79.** R. Oh, Dios, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve.
- **Heb 10, 5-10.** He aquí que vengo para hacer tu voluntad.
- **Lc 1, 39-45.** ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?

1. ¿Qué dice la Palabra de Dios?

La visita de María, llevando en su interior al mismo Jesucristo, produce alegría y gozo en Isabel. María es la verdadera arca de la alianza, que lleva al verdadero Dios hacia el pueblo. El arca del Antiguo Testamento alegró al rey David que bailó ante ella (2 Sm 6). Juan Bautista goza, incluso da saltos, porque María es el arca que lleva al Señor. La presencia de Jesús, aun antes de nacer, suscita alegría en Isabel, inspirada por el Espíritu, y en todos aquellos que descubren la presencia de Dios en sus vidas. Jesús viene para traernos la felicidad, para superar los pecados y los signos de muerte. Sólo hace falta tener los ojos de la fe abiertos para descubrir su presencia y experimentar el gozo de la salvación que Él nos regala.

Juan Bautista representa al Antiguo Testamento, que se alegra por la prolongada espera del Mesías, ya presente en la historia de los hombres. Isabel representa a la humanidad. Ella, anciana y estéril, es figura de los humanos que sufren carencias de muchos tipos, pero que, al esperar y percibir la presencia del Señor, prorrumpen en acción de gracias, porque reconocen todo el bien que Dios nos trae en su Hijo Jesús. Dios siempre aporta a la humanidad el consuelo, la superación de los sufrimientos, la alegría, la felicidad. Él viene siempre para destruir en nosotros los signos de muerte: enfermedad, complejos, depresiones, pecado, muerte.

a. Dichosa tú que has creído

Isabel reconoce la fe de María. En contraposición de Zacarías, que se quedó mudo por no creer el anuncio del nacimiento de su hijo Juan. María creyó el mensaje de Dios, expresado por el ángel Gabriel. Y se inclinó totalmente al proyecto del Señor: Aquí está la esclava del Señor, que me suceda como tú dices. El mismo Jesús alabó a su propia Madre, al decir: «Dichosos los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen».

María fue dichosa porque creyó en Dios, que es fiel a su Palabra, a sus promesas. No le habría sido fácil mantener viva su fe cuando vio a su Hijo tan pequeño, tan desprovisto y perseguido, tan necesitado de los cuidados maternos y, más tarde, calumniado, incomprendido, sentenciado, crucificado, muerto. Sólo María creyó en su Hijo totalmente. Sólo María confió en Él y en su misión, aun cuando todo le decía que su Hijo había fracasado como Mesías. María e Isabel saben dialogar y comunicarse las maravillas que en ellas está realizando el Señor. Por eso, Isabel alaba a María.

b. Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre

La bendición es reconocer la obra que Dios hace en las personas. Una bendición "descendente", de Dios hacia los humanos, la bendición que el sacerdote imparte al final de cada Misa. También hay una bendición "ascendente", la que se dirige a Dios para alabarlo y glorificarlo y también, la bendición a las otras personas por reconocer su dignidad como instrumentos de la bondad y amor del Señor.

Isabel bendice a María, porque ha confiado totalmente en el Dios. María en el Magnificat, bendice a Dios por las maravillas que derrama sobre los humanos, poniendo de relieve la "pequeñez" del ser humano y la "grandeza" del Poderoso. Cuando se mira las personas, la historia, las criaturas con los ojos de la fe, todo es digno de bendición y de agradecimiento.

2. ¿Qué nos dice la Palabra de Dios?

- He de experimentar mi fe, viviendo en confianza y en alegría. El encuentro con Dios ha de hacerme crecer en la contemplación de su Belleza y de su Amor.
- Mirar con ojos de admiración y reconocimiento las obras que el Padre está realizando en mi pequeña historia. Vivir el gozo de la presencia de mi Dios en toda mi historia.
- Experimentar que este gozo hace vencer y superar todas mis deficiencias, limitaciones y pecados. Que, en medio de las contradicciones, puedo encontrar la alegría: Dichosos... los pobres, los que sufren...

3. ¿Qué le respondo al Señor?

- Te alabo y te bendigo, Padre, porque en tu Hijo Jesús te has entregado a Ti mismo.
- Te doy gracias y te bendigo, Jesús, porque Tú lo diste todo por mí y me has enseñado el camino de la felicidad.
- Te alabo y te doy gracias, Espíritu, porque levantas mi ánimo, me perdonas los pecados, me fortaleces para resistir las fuerzas del mal y me animas a vivir alegre.